

Elisa

Por Gabriela Castro

Pasantía.

Pasar por la casa Jorge Bonino.

Estar pasando y necesitar escribir “algo” de todo eso que me habita.

Pasar estando, transcurrir... permanecer.

Estar en un lugar donde la locura transcurre.

Elisa¹ me atrajo desde el día en que llegué y la vi.

Su andar sigiloso, su mirada viva, penetrante.

Sus relatos extraños, monótonos, casi robóticos. Es una vitrola –pensé–.

Repite, repite frases, palabras.

A veces, no puedo retenerlas, seguir las.

Crea sonidos. Inventa.

Me cuesta seguir lo que dice.

Me siento una idiota, pero la fuerza, el remolino de sus palabras me
captura.

Quiero instaurar un diálogo. No puedo.

¿Ella me habla? ¿Se habla? ¿De qué modo con ella?

Su risa loca me envuelve, me hace reír. Hay algo que se ríe en mí cuando
ella se ríe –pienso–.

Un miércoles, luego del taller de música, me enredé entre sus muecas, la
seguí y “jugamos” –creía yo–.

Elisa dijo: -“Hacé un gato” y yo hice un gato. Fui un gato.

Ella lo cuidaba –a mí, al gato- maullaba. Supe en ese momento que
estaba con un gato.

¹ Elisa es morena. Tiene siete años.

Elisa y yo, éramos gatos.

Por momentos, ella era la que cuidaba, alimentaba, protegía, una gata madre: “Pobrecito gatito”

“¿Te duele?”

“Tomá la leche gatito”

“Dormí, dormí...”

Luego cambiaba su actitud, su tono y decía:

“Tapame”

“Me tengo frío”

“Dormime gato”...

Todo esto sucedía entre maullidos, mientras sus palabras se escurrían en movimientos huidizos. La expresión de sus ojos era aún más profunda, oscura, felina. Ese día, cuando la acompañé hasta la puerta, se despidió de mí maullando.

Este fue para mí, un primer “encuentro” con Elisa.

Hubo “algo” ahí que nos unía, nos enganchaba.

Jean-Max Gaudillere, en el seminario “Locura y Lazo Social”² decía que había que “crear el terreno posible de trabajo con esos pacientes psicóticos.”³

Creo que cuando uno se “engancha”, es decir se interesa por lo que le pasa al niño, al loco, suponiendo que “hay alguien allí”, el terreno está creado, el terreno existe.

Luego de esto y con esto, viene el “hacer” ahí donde tampoco hay recetas. Y es precisamente porque no sé, porque no supe en aquel momento, escribía, escribía desfavorida por las noches, por las tardes, cuando llega-

² Seminario “Locura y lazo social” dictado por la Prof. Françoise Davoine y el Prof. Jean-Max Gaudillere los días 30, 31 de octubre y 1° de noviembre de 1994 en la ciudad de Córdoba. Las citas realizadas en este escrito, corresponden a una desgrabación de dicho seminario.

³ Quiero aclarar que a lo largo de este trabajo, cuando hablo de “locura”, “psicosis”, lo hago retomando la concepción sostenida por F. Davoine y Jean-Max Gaudillere, para quienes “la locura no corresponde a un diagnóstico ni a una estructura, sino que corresponde a la naturaleza del instrumento utilizado con el paciente para vincularnos con él: transferencia psicótica.”

ba a mi casa habitada por “eso” que –me- había ocurrido, que había hecho en el Bonino.

Sabía que este hacer no podía ser sin consecuencias.

Un día me asusté. Me asusté de mí y de ese lazo que se había instalado entre Elisa y yo.

Pensaba que aquella era una institución terapéutica y me encontré no sabiendo qué hacer con esa “cosa gatuna” que éramos las dos.

Era un susto hablando en la reunión⁴ de los martes.

Sucedió que los días que siguieron a ese primer encuentro gatuno, cada vez que me encontraba con Elisa ella comenzaba a maullar y decía:

“Hacé un gato”; me tapaba los ojos y comenzaba a decir:

“Dale gatito”

“Hola gatito”

“Me duele gato”

“Miauuu-Miauuu”

En algunos momentos me enganchaba y éramos las dos nuevamente gatos, pero cuando me resistía e intentaba explicarle que eso –para mí- era un juego y que lo podíamos hacer de vez en cuando, que a veces no tenía ganas: ella no acusaba recibo de mis palabras. En ésos momentos, Elisa quedaba vacía, “algo” se caía en ella.

Esto me aterrorizó y más aún al ver que no encontraba otro modo de estar con ella o ella con migo, no lo sé.

Me pregunté: ¿qué estoy haciendo con Elisa?

Pensé: La estoy volviendo más loca....mientras se me cruzaba que la loca era yo, al querer explicarle y más aún que ella entendiera que eso había sido un juego para mí y que ni yo ni ella éramos gatos.

A partir de ésa reunión, de ése martes, de ése susto, supe (con mi piel húmeda, con mi voz quebrándose, con mi cabeza aturdida, loca) que no había un “saber hacer” con la locura.

Que ésa “modalidad gatuna” que se había instalado entre ella y yo, era un enganche, un posible hacer con Elisa y que a partir de ahí y con eso, podían o no surgir otras puntas, podíamos quizá, permanecer en eso o

⁴ Los días martes se realiza una reunión clínica, de la que participan los pasantes, educadores, director y un psicoanalista. En ella, se plantea lo que –nós- sucede o no con cada paciente. Esta reunión forma parte del dispositivo de trabajo del lugar.

pasar a otra cosa...eso aún no lo sabía.

En uno de nuestros acercamientos gatunos le pregunto: ¿Dónde duerme el gato Elisa? Y ella: "En la cama de la hija".

Intento continuar el diálogo pero es imposible. A cada una de mis frases o preguntas responde -¿se responde?- maullando. No entiendo nada.

En un momento, comienzo yo también a maullar.

Hablo maullando, uso diferentes tonos de voz como lo hace ella.

Y de vez en cuando me hace hacer algo como: "tomá la leche gato",

Me acaricia para que me duerma y creo que con sus maullidos canta canciones de cuna -al gato, es decir a mí-. Efectivamente me duermo.

Otro día, recortando figuras, Elisa hacía un collage.

Después de pegar el último papel, habiendo creado un gran cielo y un avión con recortes de galletitas, me pide un lápiz y me dice: "el gato está en el avión de galletitas."

Dibuja el gato y yo le propongo que subamos al avión.

Allí comienza un decir monótono, temeroso.

Dice frases y palabras que me cuesta reproducir.

Algunas quedaron resonando: "me tengo miedo al avión"

"la hija se cae"

"el avión te cae"

"me duele, Gaby"...

Entonces le digo que voy a subir yo a dar una vuelta.

Cuando comienzo a hacer el ruido del avión y extendiendo mis brazos como alas, ella corre y grita "¡noo, noo! Y espía desde el umbral de la puerta, tomada por una risa loca, aterrada. Sigue diciendo:

"no, no!"

"te cae"

"me duele"...

Luego de esto, me acerco con su dibujo en la mano y le digo que me gusta lo que hizo.

Intento que me cuente algo de este avión, de este miedo, pero no se engancha con lo que le digo. Se va.

Una vez más me pregunto: ¿Cómo seguir la huella con Elisa? ¿Cuáles son los signos a descifrar en esto que le pasa, en esto que es Elisa? ¿Cómo

descifrarlos?

Se me vienen las palabras de Françoise Davoine, cuando decía que no se elige la boca con que se dice “me duelen las muelas”, es decir que la locura no habla necesariamente por la boca de aquel que muestra la locura.

Pienso entonces que este “ser gato” de Elisa, puede estar hablando de ese lugar en donde no hay palabras, ése vacío de su historia que intenta inscribirse (?) quizá a través de esos maullidos, de ésos “me duele”, “me tengo miedo gatito”...

Me pregunto si es posible pensar que Elisa preste su voz a los fantasmas, particularmente si este “ser gato”, ¿sería o podría ser el fantasma por el cual ella habla...es hablada?

Jean-Max⁵ decía que en “el trabajo de investigación de la locura hay siempre una encuesta sobre las desapariciones” y que la locura, como un modo de conocimiento se ocupa del real. Del real entre las personas, entre los hombres. Es decir de las cosas que no son más nombrables en las relaciones sociales, porque eso ha desaparecido; y ésas cosas innombrables vuelven como fantasmas.

Dice además, que quien trabaja con la locura ha de poder convocar a los fantasmas y que son los locos, quienes en algunos momentos prestan su cuerpo, su voz a los fantasmas.

Entonces, si Elisa habla a través de un fantasma -un gato- que toma su voz, su cuerpo, intento responderle a ese fantasma.

Jean-Max expresa que “es una cuestión de posibilidad para que una palabra se sostenga”...”es la condición para trabajar con ese desaparecido sin nombre”, ya que el trabajo que se intenta hacer es un trabajo de inscripción.

Pero ¿qué es lo que no cesa de no inscribirse en este “ser gato” de Elisa? ¿cuáles son los puntos que no son más nombrables en su historia? ¿qué es lo que ha desaparecido y vuelve innombrable como fantasma?

En otra reunión de los martes, supe que el padre de Elisa atribuye las dificultades de su hija a una enfermedad transmitida por los gatos...

Una educadora dice que tiene la impresión que Elisa “se le escapa”, que “está huidiza”, haciendo referencia a la conducta de éstos animales.

Creo que éstas son huellas a seguir en el trabajo con Elisa.

⁵ En el seminario citado en nota N° 1.

Otra tarde estábamos en el patio.

Elisa se miraba o miraba a ésa que veía reflejada en los vidrios de la ventana.

Se hablaba o le hablaba a ésa imagen... No lo sé.

La observaba...qué linda es –pensé–

Parecía gustarse. Se acomodaba el cabello, la pollera, se movía sensual...era una mujer.

Intenté meterme, participar en su historia.

Me acerqué y le dije: “que linda que estás Elisa”

“qué vestido exótico”

“Te invito a dar una vuelta”...

No hubo respuesta alguna.

Ella seguía en lo suyo...con aquella imagen del vidrio en donde estaba capturada, que la capturaba.

De repente, en un momento, calló aquella escena.

Con el ruido de un avión que pasaba, comenzó a correr desesperada,

gritando: “noo, noo!”

“el avión te cae”

“me tengo miedo”...

Cuando el avión se alejó, por su forma de mirar al cielo, creo que lo buscaba y me decía un poco temerosa aún, si yo había subido o si yo estaba en el avión de galletitas (no recuerdo textualmente cómo eran sus frases).

Le dije que no, que había pasado muy alto para subir pero que me hubiera gustado porque me gusta viajar.

Me dijo: “Hacé el avión”.

Yo hice, fui el avión lo mejor que pude, mientras ella corría detrás de mí –del avión–

gritando: “noo, noo!”

“me tengo miedo”

Le dije que hiciera ella también el avión, pero salió corriendo y se metió en la casa.

Me quedé en el patio, nuevamente sintiéndome una idiota, angustiada y sin saber qué hacer.

Me pregunto: en la historia de Elisa, ¿qué hay de ese miedo, de ese terror que por momentos la habita, del cual a veces huye despavorida (entra en

la casa corriendo, desesperada) pero aparentemente, también lo provoca, lo busca (después de que pasó el avión, me dice "hacé un avión").

¿De qué otro modo intervenir en esos momentos?

¿Se inscribe algo de eso terrible en estos enganches con Elisa?

¿Cómo saberlo?

Luego en nuestras historias aparecieron, convocados por ella otros animales.

De pronto éramos tigres, abejas, monos, arañas, elefantes...pero había "algo" en estas historias que se repetía.

Las frases eran casi idénticas para todos los animales:

"Te come"

"Me duele".

"Pobrecito está enfermo".

"La sangre te mancha".

"Me tengo miedo"

"Noo, noo!"

Como si hubiera "algo terrible", terrorífico, que insiste, que quiere inscribirse, que no cesa de aparecer.

"La clínica del autismo es en primer lugar, una clínica de los signos" afirma José Attal⁶.

Signos a descifrar, signos que pueblan su cuerpo, su decir y por momentos me encuentro con ella perdida, queriendo seguirla, a menudo sin saber cómo.

Recuerdo a Jean-Max cuando al hablar de transferencia psicótica, decía que es necesario ocupar el lugar "del otro de la locura", ocupar el lugar del objeto causa del delirio.

"Este no es un lugar lindo. En la locura hay en juego un saber que se sabe". Ahí vamos a estar nosotros, no para creerle al loco, esto no sirve de nada, sino como "otro que reconozca ese saber, que lo autentifique", de otro modo, estaríamos perpetuando la situación de ausencia del otro.

⁶ José Attal, en su conferencia "Palabras introductorias a la cuestión del Autismo", afirmaba que hablar de psicosis, supone ya una estructura establecida, instalada en el sujeto: y esto no es nada seguro en el niño, por lo cual, psicosis infantil, sería algo que no debería considerarse.

Francoise Davoine se refiere al “enganche”, a ese lugar en donde se agarra la transferencia psicótica en el analista. Dice que el analista, en este caso el educador, el pasante –tiene que ofrecer esos lugares para que el otro se agarre y pueda instalarse un juego de lenguaje. Eso se lo debe a su paciente para no perpetuar la situación de ausencia de otro.

Y pienso en esto que me pasa con Elisa.

Hay algo que “me ata a ella”. No sé qué es.

Quisiera que esta pasantía no pase.

Quisiera seguir estando de algún modo con ella.

La veo pintar, la veo dibujar y algo me dice que por ahí puede ir algo de su historia, su locura, su pasión...

No hace mucho tiempo, tuve un sueño.

Quizá soñé por ella.

La soñé en un galpón grande, muy grande, exponiendo sus cuadros. En realidad no eran cuadros, eran láminas sostenidas por broches en una soga invisible.

Elisa estaba igual, sólo que más alta y con cuerpo de mujer.

Aún estaba loca. Loca y hermosa.

Este escrito ha sido realizado al finalizar una pasantía en la “Fundación Jorge Bonino, una casa para chicos en dificultades” en la ciudad de Córdoba, año 1994.